

Réquiem para la Rosa Feliz

Para ti, la que
tuvo la vida.



Para ti, llena de vida y perfumes de estío.
Para ti, la que no tocó la muerte.
Para ti, la que no tuvo sed cuando
los ojos vagaron sobre las cosas sencillas
sobre las piedras
sobre los despojos.
En fin, nunca se me ocurrió un réquiem
—decirlo, orarlo, en estos claustros verdes de mi vida—
La rosa feliz desapareció un día
cuando se abrieron las manos del amanecer.
Y yo desperté de un sueño nocturno.
De esas cegueras de muerto, de lirio, de cieno oscuro.
Los muertos no usan anteojos.
Ellos ya vieron la realidad.
Charlie cree en la verdad absoluta.
Y en las piedras crece una hierba.
Es el lirio de la eternidad.
Ya él me habló de conceptos extraños.
Yo le digo que la muerte y la vida me habitan
y que el amor se fue de paso
y que el corazón se rompió como un alabastro
como una losa
como una rosa extraña
se desgarró
el primer éxtasis de amor.
Te juro que no sé cómo empezar el réquiem.
Yo nunca supe cómo comenzar
Y no sé si sabré cómo terminar.
Al fin, yo no supe nada.
No supe mirar en tus ojos la edad antigua
Que buscabas cosas perdidas
en la inconsciencia del tiempo.
No supe decirte
en su oportunidad
que te buscaba a ti
porque el tranvía no llegó esta tarde.

El teléfono suena.
Debe ser alguien que marcó equivocado.
O de las tantas voces que me buscan.
Pero esas voces no pueden llenar mi soledad
De igual manera, que esos sonidos
esos sonidos de motor, de vuelaos tardíos
de Panam, de Lacsá, de Copa
no pueden acallar la música de tu vida.
Pero no me has de entender.
Hablo en parábola.
Soy un estúpido metafísico
O interfísico.
Y a ambos nadie los entiende.
Pero en el fondo
lo que te quiero decir
es que yo busqué lo mismo que tú
hace años.
Y te puedo contar lo que encontré.
Ya no siento miedo de perder.
Bien dijo el loco de Séneca
que hace falta renunciar
—poder renunciar—
de la vida para hacerla nuestra.
Para vivirla a plenitud.

Por

Carlos

Balaguer

Y me siento triste, no por lo que he perdido.
Al fin y al cabo si lo perdí
me queda la satisfacción que algún día
fue mío.
Eso. Eso que amé.
Eso que todos amamos alguna vez.
Eso que se deshace, que cambia,
que nos traiciona
que se convierte de repente
—valga la redundancia—
en algo diferente.
O que se aleja.
La vida o las circunstancias nos alejan
de eso, de la otra persona.
Así como se nos pierde en el recuerdo
la vegetación de un antiguo paraíso.
¿Sabes por qué no te dije que te amaba?
La respuesta es fácil.
Tuve miedo.
Hoy sé que el amor se aprende.
Y así como otros mueren
en la conquista de su libertad
Otros encuentran a Dios
en algún espantoso encierro.
Pero bien, regresando al principio,
te juro que no se me ocurre cómo empezar un réquiem.
Ya renuncié de todo; de las palabras elocuentes,
de las imágenes poéticas
de esta armazón emocional y viva
que puede erigir una montaña
o aplastar la mitología.
Porque es la fuerza de Dios.
Yo sé que me hubieras amado
Pero tuve miedo, como dijo Nervo,
de amar con "locura"
de abrir "las heridas que suelen sangrar"
y no obstante "toda mi sed de ternura"
cerrando los ojos te dejé pasar.
Pero así somos.
Dejamos pasar la vida
Y recordará cómo se pasa la vida
tan callando...

No me olvides
Ni me mires.
Tan sólo búscame
cuando sientas deseos de vivir...
La prsa feliz está en tu corazón.

Pizarrón

La nueva civilización

Por Arturo Uslar Pietri

CARACAS. Alvin Toffler publicó hace algunos años un libro que tuvo extraordinaria difusión en el mundo entero. Se llamaba "El choque del Futuro" ("Future Shock") y describía, en muy ágil y atractiva forma de reportaje, la gran transformación que está ocurriendo en la sociedad contemporánea en usos, maneras, formas de vida, ideas y relaciones entre los seres.

Con ese mismo estilo, y casi como un complemento, acaba de publicar otro libro que está llamado a tener una acogida semejante. Se titula "La Tercera Oleada" ("The Third Wave") y describe en forma atractiva y amena la significación de las grandes transformaciones que la sociedad y la mente humana sufren en nuestros días. Hay tal vez un excesivo propósito de simplificación en el libro de Toffler pero, aparte de ciertos esquemas y pronósticos que pueden ser discutibles, se limita a recoger y presentar los principales aspectos del inmenso y variado proceso de transformación que ocurre en el mundo de hoy.

La idea que sostiene como base, y que no es suya, es la de que todas estas sorprendentes alteraciones y cambios no son la consecuencia de una crisis generalizada y de una descomposición catastrófica y caótica de una civilización, sino el inevitable proceso de transición rápida de una forma de civilización a otra. Por lo tanto su pronóstico no es pesimista sino, por el contrario, afirmativo y optimista. Lejos de hallarnos en el crepúsculo de un mundo, asistimos, sin darnos cuenta debidamente, al nacimiento de otro mundo nuevo que va a ser mejor, más estable y más justo que el que hemos conocido.

Toffler recoge el conocido esquema que reduce las grandes transformaciones de la sociedad humana a grandes novedades tecnológicas de consecuencias inmensas y duraderas. Según su opinión, esas transformaciones básicas han sido sólo tres que él llama oleadas. La Primera Oleada la provocó la invención de la agricultura por el hombre del período neolítico, hace una decena larga de millares de años. En un lento proceso la técnica de cultivar la tierra y de producir cosechas se fue extendiendo a todos los grupos humanos. El hombre nómada se convirtió en sedentario y de allí surgió la ciudad, el Estado, el poder central, la estructura social, la acumulación de la riqueza y la previsión del porvenir. Sobre esa civilización agrícola y sus peculiaridades vivió la humanidad hasta ayer.

La Segunda Oleada la constituyó la llamada Revolución Industrial, que se desarrolló de un modo completo en no más de tres siglos. Provocó un cambio total de la estructura social, creó las grandes concentraciones urbanas, la división del trabajo, la producción masiva, los mercados mundiales, la globalización de la economía y la política, y la creciente dependencia de la máquina y de las fuentes de energía. Es esta Segunda Oleada la que está tocando a su fin, porque ya ha aparecido la Tercera, que se caracteriza por la revolución electrónica y tecnológica de nuestro tiempo, por las inteligencias artificiales, por la informática, por la explosión de la información y las comunicaciones y por la globalización de los problemas y de las soluciones. Nuevas industrias, nuevas formas de vida, acaso toda una nueva sociedad está surgiendo inesperadamente ante nuestros ojos asombrados o temerosos. Todo parece estar en crisis, acaso por la misma velocidad del cambio que significa esta Tercera Oleada. Todavía no está enteramente formada, no constituye todavía un modelo discernible y en gran parte aparece por sus formas extremas de pugna y ruptura con la todavía dominante Segunda Oleada, pero no es difícil discernir algunos de sus rasgos principales y de sus tendencias. En contraste con la civilización actual va a haber una extraordinaria variedad de fuentes de energía, gran parte de las cuales serán limpias y renovables, su base tecnológica será mucho más amplia que la de la Civilización Industrial, se apoyará en los nuevos adelantos continuos de la biología, de la genética, de la electrónica, nuevos materiales, exploración del espacio y aprovechamiento de las superficies submarinas. Su base principal será la información en todas sus inagotables formas, que van a cambiar estructuras sociales, formas de enseñanza y de dirección y la estructura misma de la sociedad, del gobierno y de la comunidad mundial.

Vivimos en medio del conflicto de esa emergencia de una nueva civilización en pugna con la que ha de desaparecer, la Tercera Oleada, aún no completa ni dominante, lucha con las formas obsoletas de la Segunda, y en algunos países del Tercer Mundo, con las formas sobrevivientes de la Primera. Para Toffler esta es la causa de la inabarcable crisis en que vivimos.

Esto significa que ha de ser transitoria y que lejos de concluir en una inmensa catástrofe final es tan sólo la turbulenta aurora de un nuevo renacimiento del hombre. Dan ganas de creer a Toffler.

Para hacer una pradera

Por Emily Dickinson

Para hacer una pradera
toma un trébol
y una abeja.

Trébol y abeja toma,
y un sueño.
Pero si abejas faltan,
con un sueño te basta.

Filosofía, Arte y Letras